

BLANCAFLOR

Era un joven que le gustaba mucho *juegar* a las cartas, y siempre perdía. Y un día se le apareció el demonio y le dijo que qué le pasaba, que siempre perdía cuando *juegaba*.

Dice:

–Pues yo te daré una baraja para que nunca pierdas; a cualquier carta que le eches, ganarás siempre. Pero al cumplir los cinco años, tienes que irte a entregar al Castillo de Irás y No Volverás.

Iban *pasaos* cuatro años, y le dice un día a su madre:

–Pues, madre, sabrás que tengo que ir al Castillo de Irás y No Volverás.

–Hijo, pero ¿qué me dices?

Dice:

–Pues, madre, ¿se acuerda cuando tanto perdía *juegando* a las cartas? Pues se me apareció el demonio, y me dijo que qué me pasaba para que siempre perdiera. Pues yo te daré una baraja, de cualquier carta que le eches ganarás. Y al cumplir los cinco años te tienes que marchar al Castillo de Irás y No Volverás. Y ya van cumplidos cuatro, queda uno de estar en su compañía.

–Pero, ¿qué me dices, hijo? ¿Tú eres bobo o qué te pasa?

–Pues no, madre, no, es que me tengo que marchar, y si no vendrá a buscarme el demonio y será peor.

Faltaban tres días para cumplir los cinco años, y le dijo que le preparara la merienda, que se marchaba. Y le decía su madre que no.

Por fin se la preparó. Se marchó por un camino muy largo, muy largo. Cuando ya llevaba mucho pedazo *andao*, se encontró con un águila, y le dijo que le hiciera el favor de enseñarle el Castillo de Irás y No Volverás.

Dice:

–Ahí atrás viene otra más vieja que yo, y viene de él.

Claro, después anduvo otro pedazo hasta que por fin la encontró. Y le dice que hiciera el favor de decirle, dónde estaba el Castillo de Irás y No Volverás.

–Pues yo te llevaré a él. Pero ahí abajo hay un caballo muerto. Tienes que bajar a buscar una poca de carne de las ancas, porque hay mucho camino y no podré aguantar sin volver a comer. Y cada vez que abra el pico me meterás un poquito.

Se puso encima de las alas, y cuando abría el pico le metía un trocito. Hasta que por fin llegaron a una peña y lo bajó y le dice:

–¿Ves un río? Pues en aquel río hay tres mozas bañándose, que son tres hijas del demonio y viven en el Castillo de Irás y No Volverás. Y allí más abajo verás el castillo. Pero vas a estar primero con las hijas y le esconderás la ropa a aquella de arriba que tiene la ropa al pie de aquella peña, que aquélla es santa y hará algo por ti. Pero no te dejes ver de las otras porque no la pueden ver, que ya saben que es santa.

Bajó al río, a la peña donde tenía la ropa, y se escondió con la ropa él. Salieron del agua las tres hermanas, y al no encontrar la ropa se marcharon las otras y la dejaron sola.

Desde que la vio sola, él salió y le dice:

–No te asustes. Toma la ropa y vístete.

Y después estuvo con ella y habló lo que le pasaba.

Dice:

–Pues mi padre es el demonio, y no sé cómo vas a librar de las manos de él. Pero ya haré yo todo lo que pueda por ti, para salvarnos los dos o morir. No digas qu´has *estao* conmigo. Yo me marchó primero, y *desde* haya *pasao* un rato, vas tú llamando a mi padre.

Se marchó la joven. Cuando había *pasao* un buen rato, llegó llamando a la puerta del Castillo de Irás y No Volverás, y salió el demonio y le dice:

–Lisardo, ya no esperaba yo que venías tú, e iba a salir yo en busca de ti. Has venido un día de retraso, pero está muy bien. Cena y acuéstate.

A la mañana temprano lo llama, le da de almorzar y lo pone en un balcón y le dice:

–Lisardo, ¿qué ves?

–Un bosque muy espeso.

–Pues en aquel bosque tan espeso, tienes que enramar un saco de arroz, y en el mismo día traérmelo recogido sin faltarle ni un grano.

Cogió el saco al hombro y se marchó al bosque. Al llegar no sabía qué hacer, si enramarlo o dejarlo, porque le parecía imposible volverlo otra vez a recoger.

Estaba allí sin saber qué hacer y llegó Blancaflor y le dice:

–Lisardo, ¿qué te ha *mandao* hacer mi padre el día de hoy?

–Pues que en este bosque tan espeso, enrame un saco de arroz y se lo lleve a la tarde sin faltarle un grano.

–Pues bien, come la merienda y échate a dormir, y cuando *dispiertes* ya tendrás el saco de arroz *enramao* por el bosque y recogido al pie de ti.

Comió la merienda y se echó a dormir. Cuando despertó ya estaba allí recogido el saco de arroz, que él no lo había hecho, había sido la santa.

Cogió el saco y se fue al Castillo Irás y No Volverás con él. Y le dice el demonio que no lo hacía él. Y él le decía que sí.

–Pero, bueno, está muy bien. A cenar y a dormir.

La mañana se levantó, le da de almorzar y le dice que se ponga al balcón, y le dice que qué ve.

–Pues veo un bosque más espeso que el de ayer.

–Pues en aquel bosque tan espeso, lo tienes que roturar, plantarlo de trigo y en la tarde traerme ya pan de él.

Se fue al bosque sin saber qué hacer, y llega Blancaflor y le dice que qué le había *mandao* hacer su padre en el día aquel.

–Pues que en este bosque tan espeso, tengo que roturarlo, sembrarlo de trigo y a la tarde llevar pan del mismo trigo.

–Pues bien. Come la merienda y échate a dormir, cuando te levantes ya tendrás el pan al pie de ti. Pero a mi padre nunca declares que yo estoy contigo.

Cuando *dispertó* Lisardo, ya tenía el pan al pie de él. Lo cogió y se marchó al Castillo Irás y No volverás. Y le dice:

–Lisardo, esto no lo has hecho tú.

–Sí, señor. Sí lo he hecho yo.

–Me parece imposible, pero está muy bien; a cenar y a dormir.

En la mañana, cuando despertó, le da de almorzar, lo pone al balcón:

–Lisardo, ¿qué ves?

–Veo un lastral muy fuerte, muy fuerte.

–Pues en aquel lastral tan fuerte, tan fuerte, tienes que deshacerlo en tierra, plantar una viña, y en la tarde traerme una botella de vino.

Le dio un *ferro pa* picar, una marra y una pala. Y se marchó al lastral. Y al llegar no sabía qué hacer, porque le parecía que Blancaflor ya no iba a volver.

Tardó mucho en ir, pero al fin llegó, y le dice:

–Lisardo, ¿que te ha *mandao* hacer mi padre en el día de hoy?

Dice:

–Pues que en este lastral tan fuerte, tengo que hacerlo tierra, plantarlo de viña, y a la tarde, llevarle una botella de vino de esta viña.

–Pues bien, come la merienda y échate a dormir. Cuando *dispiertes*, ya tendrás la botella de vino al pie de ti. Te marchas al castillo y no descubras que yo estuve contigo.

Al despertar ya tenía la botella de vino allí. Lo cogió y se marchó al Castillo de Irás y No Volverás. Y al llegar le decía el demonio:

–Lisardo, esto es imposible que lo hagas tú.

–Pues sí, esto lo hago yo.

Me parece mentira, pero al fin está muy bien. A cenar y a la cama.

A la mañana siguiente lo llama, le da de almorzar y lo pone al balcón, y le dice:

–Lisardo, ¿qué ves?

–Un río muy fuerte, muy fuerte.

–Pues en aquel río tan fuerte, perdió la bisabuela de mi *cacarabueta* un anillo cuando era pequeña, y quiero que me lo traigas tú a la tarde.

Se marchó al río, llegó y no sabía qué hacer, si entrar a buscar el anillo o no. Se descalzaba y al llegar el agua a sus tobillos se volvía *p'atrás*, porque le daba miedo *de* entrar a buscar el anillo, que le parecía que se iba a ahogar.

Al llevar mucho rato llegó Blancaflor, y le dice que qué le había *mandao* hacer su padre el día de hoy.

Pues que en este río perdió la bisabuela de su *cacarabueta* un anillo cuando era pequeñita, que quería que a la tarde se lo llevara allí.

–Pues bien. Vas a picarme bien picadita, y me metes en esta botella sin dejarte verter ni una gota de sangre.

–Blancaflor, esto no lo hago yo, porque has sido muy buena *pa* mí y te voy a dar la muerte.

–Nada, Lisardo, pícame bien picadita, me metes en la botella.

Pues él no quería, pero hasta que al fin lo vino a convencer. La picó bien picadita, la metió en la botella, la tapó y la tiró río abajo.

Ya era muy tarde y no la veía salir por parte ninguna. Por fin vino a salir un poco más abajo d'él, con el anillo en la mano y le dice:

–Lisardo, ya tienes aquí el anillo, pero te voy a decir que me has *dejao* verter una gota de sangre, pero todo se arreglará, gracias a Dios, que ha sido en el dedo *mermellique*, y no me verá mi padre.

Si no has comido la merienda, cómela y te marcharás al castillo, pero no descubras qu'estoy yo contigo.

Llegó al castillo y le dio el anillo al demonio. Y le decía qu'era imposible qu'él lo hubiera cogido, que todas las cosas que le mandaba hacer las hiciera.

–Pero bueno, está muy bien, a cenar y a la cama.

A la mañana siguiente lo llama, le da de almorzar, lo pone al balcón y le dice:

–Lisardo, ¿qué ves?

–Pues veo una alameda bastante fuerte.

–Pues en esa alameda me vas a cortar un haz de varas.

Cuando las estaba cortando llega Blancaflor y le dice:

–¿Qué te ha *mandao* hacer mi padre el día de hoy?

Dice:

–Pues está muy bien, que corte un haz de varas y se lo lleve.

–Pues nada. Te va a mandar hacer más, que yo ya lo sé. Que domes un caballo muy malo, que se convierte el caballo en nosotros mismos. Pues te voy a decir: la cabeza es mi padre, el cuerpo es mi madre, las ancas mis hermanas y yo. Pero yo soy la del *lao* derecho, no des allí. Darás en la cabeza, que como mi padre venza, lo tienes *domao*. No descubras qu'estuve contigo.

Cogió el haz y se fue al Castillo de Irás y No Volverás. *Desque* llegó con las varas lo mandó otra vez al balcón y le dice:

–Lisardo, ¿qué ves?

–Pues en el corral veo dos caballos y uno es muy malo, bufa mucho.

–Pues ese que tanto bufa, me lo tienes que domar hoy; bájate del balcón y cógelo.

Al irlo a coger bufaba, se tiraba por el alto, tiraba muchas coces y se pensaba de no poderlo coger, pero al fin lo cogió.

Se montó en él, cogió el haz de varas, echó a correr el caballo tirando muchos brincos, y se tiraba por muchas barrancas. Y él venga a darle palos en la cabeza, hasta que por fin lo cansó. Lo dejó como muerto.

Se fue *pa* casa. Al llegar al castillo, le decía el demonio que parecía mentira que lo hiciera él.

–Pues asómese al balcón y *ustez* lo verá, está como muerto *pallá* abajo *tirao*.

–Lisardo, lo dices tú, pues bien dicho.

Y después le dice:

–¿Qué le pasa a *ustez*, qu'está todo *curao*?

–Que me subí al balcón a verte y me caí, me *esmorré*, pero es poco. Ahora vas a hacer otra cosa, si tú quieres casarte con alguna

de mis tres hijas. Las meteré en una habitación y sacarán la mano, cada una *pa* fuera. Y con la que tú digas te casarás. Pero hay que vendarte los ojos.

Y pudo estar con Blancaflor y le dijo que si la quería a ella, que ella sacaría la mano donde le faltaba el trocito del dedo.

Las metió el demonio en la habitación, le vendó los ojos a Lisardo, y le dijo que eligiera la que quisiera. Y llegó a la que le faltaba el pedacito en el dedo, pero dio otra vuelta, no fuera que no fuera a ser ella. Al llegar a ella otra vez, le dijo que con aquélla. Y contestan las otras dos y su padre, que era con la que querían, porque ya desconfiaban algo. Pero bueno, a celebrar la boda.

En la noche se acostaron y Blancaflor ya sabía lo que iban a hacer. Y le dice Lisardo:

–Vas a escupir en un plato, yo en otro. Pondremos dos pellejos llenos de aire en la cama, y nos marcharemos. La saliva de los platos contestará como que somos nosotros, cuando mis padres nos llamen. Vas a la cuadra: hay dos caballos. Uno es muy gordo y otro es *delgao*. Pero coge el más *delgao*, que es el Pensamiento, y el otro es el Viento, pero el Pensamiento camina siempre más que el Viento.

Cogió el Viento y dejó el Pensamiento, porque al verlo tan *delgao* le parecía que no podía con los dos. Y al llegar allí le dice ella:

–¿Por qué no cogiste el Pensamiento?

–Porque me pensé que no iba a poder con los dos.

–Pero, bien. Vámonos.

Escupieron en el plato y lo *puson* en la cama. Ellos se fueron. Al poco rato los llamaba su padre:

–Blancaflor, ¿estás dormida?

–No, señor.

–Lisardo, ¿estás dormido?

–No, señor.

Pasao un rato volvió a llamarlos.

–Blancaflor, ¿estás dormida?

–No, señor, me voy durmiendo.

–Lisardo, ¿estás dormido?

–Ya me voy durmiendo.

Pasó otro rato, volvió a llamarlos:

–Blancaflor, ¿estás dormida?

No contestó.

–Lisardo, ¿estás dormido?

No contestó tampoco; porque contestaba la saliva por ellos y se había terminado. Y le dice la mujer:

–Vete a matarlos.

Y llegó con un cuchillo. Se lo clavó en la barriga –le parecía a él–, pero era en los pellejos.

Al picarlos salía el aire, cerró la puerta y salió corriendo, porque le parecía que era la sangre y podía ahogarse.

Al llegar a la cama decía la mujer que si los había *matao* bien. Y él decía que sí, que si no sale de allí corriendo, que iba a ahogarse con tanta sangre.

–Pues anda a ver, no sea que no estén muertos.

–Sí, que los he *matao* yo bien.

En la mañana al levantarse, fueron de seguida a ver. Se encontraron con los dos platos, con los dos pellejos, y ellos no estaban allí. Y le decía la mujer:

–Si hubieras venido a ver, como yo te decía, los hubieras *matao* luego. Y ahora *pa* más burla, nos habrán *llevao* el Pensamiento y nos habrán *dejao* el Viento.

Y de seguida fue una hija a ver *cuál* caballo habían *llevao*. Y vio que habían *dejao* el Pensamiento, y habían *llevao* el Viento.

–Pues estamos bien; pronto los cogemos, pero los has de matar bien.

Se montó el demonio en el Pensamiento, y se marchó en busca de ellos. Como el Pensamiento siempre camina más que el Viento, pues se los llegó a alcanzar.

Miró Blancaflor *patrás*, y al ver que ya llegaba su padre al pie de ellos, tiró una peineta y dijo:

–Que mi peineta se vuelva un monte muy espeso, muy espeso, que no pueda pasar por él y se tenga que volver.

Al llegar a casa le decía su mujer:

–¿No los has visto?

–No, no los he visto, he ido muy largo y nada más he visto un bosque muy espeso. No pude pasar por él y me tuve que volver.

–Pues, payaso, allí iban; bien te están engañando. Pero vuélvete a marchar en busca de ellos.

Cogió el caballo y se fue en busca de ellos, pues como el caballo era el Pensamiento, volvió otra vez muy cerca de ellos. Y miró Blancaflor *patrás* y le dice a Lisardo:

– Allá'trás viene mi padre, voy a tirar el pañuelo. A hacerlo sufrir, como te hizo él sufrir a ti.

Tiró el pañuelo y dice:

–Que mi pañuelo se vuelva un fuerte lastral, para que mi padre no pueda pasar por él, y se tenga que volver.

Al llegar a casa le decía la mujer:

–¿No los has visto?

–No, nada más he visto un lastral muy fuerte.

–Pues haberle *picao*, que aquellos eran. Coge el caballo y vuélvete a ir en busca de ellos.

Pues ya iba otra vez muy cerca de ellos, cuando miró Blancaflor *patrás* y dice a Lisardo:

–Mira mi padre. Voy a tirar una liga *pa* que se vuelva un río, y no pueda pasar por él.

Al llegar a casa le dice la mujer:

–¿No los has visto?

–No, no los he visto, que llegué a un río muy fuerte y me tuve que volver.

–Bien te están engañando, pues ellos eran. Vuélvete a marchar en busca de ellos hasta que los encuentres.

Miró Blancaflor *patrás* y ya ve que iba su padre muy cerca d'ellos y le dice:

Lisardo, mira mi padre, que ya nos viene alcanzando otra vez. Y, ahora, no sé qué tirar, pero todo se arreglará. El caballo se va a volver una huerta, tú un *hortelano*, y yo una buena tabla de lechugas. Entre ellas habrá una que sobresalga de todas, y aquella seré yo. A mi padre le gustan mucho y querrá comprar lechugas. Como cualquiera lo haría debe querer la mejor. La mejor no la vendas, le dices qu'es *pa* semilla, porque aquella soy yo.

Ya llega el demonio a la *güerta* y le dice al *hortelano*:

–¡Ay, qué lechugas más buenas! ¿Me vende *ustez* algunas?

–Sí, señor, *pa* eso las tengo.

–Pues, véndame ésta.

–No, señor, esa no se la vendo, esa es la mejor, y siempre dejo la mejor *pa* semilla.

–Pues si no me vendes ésta, no quiero ninguna.

Se fue *enfadao pa* casa y al llegar al castillo, le decía la mujer:

–¿No los has visto?

–No, no los he visto, pero he visto una *güerta* con muy buenas lechugas. Había una muy grande que nunca había visto mejor lechuga. Y el hortelano se puso tan tonto que no me la quiso vender. Y yo que gasto pocas bromas de seguida m' enfadé y no le quise ninguna.

–Pues bien te están engañando, porque todo lo que ves son ellos. Pues coge el caballo y márchate en busca de ellos.

Cuando iba llegando cerca, Blancaflor miró *patrás* y le dice a Lisardo:

–Mira, mi padre. Ya viene muy cerca otra vez. Pues ahora le vamos a hacer otra faena, que le parecerá peor todavía, y te diré cuál es. Pues el caballo se va a volver una ermita, tú el ermitaño, y

yo la imagen. Y cuando te llame o te dé voces, más fuerte tocas a misa y dirás: “Dilín, dilín, a misa tocan, ¿quien quiere venir?”. Y él, como es el demonio se tiene que enfadar, pero tú no dejes de tocar.

Pues ya llega el demonio a la ermita. El ermitaño tocaba a misa. El demonio le daba voces y él decía:

–Dilín, dilín, a misa tocan, ¿quién quiere venir?

Y él s’enfadaba.

El ermitaño lo engañaba y dejaba de tocar un momento, y al volverle a dar voces volvía a tocar:

–Dilín, dilín, a misa tocan ¿quién quiere venir?

Y s’enfadaba.

Y el ermitaño dejó de tocar y el demonio le vuelve a dar voces. Y le dice:

Buen hombre, ¿has visto pasar por aquí un hombre y una mujer?

Dice:

–Sí, señor. Cuando la bisabuela de mi *cacarabueta* era chiquita, le oí decir que había *pasao* un hombre y una mujer, y d’entonces *pacá* no ha vuelto a pasar nadie.

Y él se fue muy *enfadao*. Al llegar al castillo le decía la mujer:

–¿Los has visto?

–No, no los he visto.

–Pero bien te engañan. Si fuera yo pronto los encontraba.

–Pues anda, vete tú en busca de ellos.

–No, no voy. Pero *le* echaré una maldición para que no se acuerden uno de otro, y va a ser que al llegar al pueblo, si a él lo besan, que no se vuelva a acordar más de ella.

Blancaflor, como era santa, todo lo sabía. Cuando iban llegando al pueblo le dice:

–Lisardo, voy a buscar un coche *pa* entrar en el pueblo.

–Pues está bien.

–Pero no dejes que nadie te bese, porque mi madre nos ha maldecido, que si al entrar en el pueblo te dejas besar, que no te acuerdes más de mí.

Lisardo llegó a su casa, y su madre iba a besarle, y le dice:

–Por favor, madre, no me bese, qu’estoy *casao*, y si *ustez* me besa no volveré a acordarme más de mi mujer, por una maldición que nos han *echao*.

Diciéndole esto a su madre, llegó una vieja por detrás, y lo besó sin que él viera. No se acordó más de su mujer. Y le decía su madre:

–Pero, hijo, vete a buscar a tu mujer.

–Madre, pero ¿qué me dice?, si yo no conozco a nadie por mi mujer.

–Pues si me has dicho que no te besara, qu'estabas casao y que si te besaba, olvidarás a tu mujer.

–Ustez sueña, ¿qué le pasa?

Y todo se le olvidó.

Blancaflor se fue a vivir muy cerca de él, al ver que tanto tardaba en ir. Y él, le parecía qu'es que lo habían besao, y no se acordaba más de ella. Pues era cierto, pero ella no se daba por sentida.

Como vivía cerca de él, tenían *mu* buena *amistaz*. Y ella puso una tienda. Decía qu'era serrana.

Lisardo s'echó novia y se iba a casar. Y le decían sus amigos que tendría qu'invitar la serrana de boda. Y él le decía que sí, qu'era muy graciosa y le gustaba mucho estar con ella.

Y le dice:

–Pero antes vamos a ver si dormimos con ella. El primero voy a ir yo.

Y ella le puso muy buena palabra. Cuando se iban a acostar le dice:

–Haz el favor de irme a tirar esa poca de agua, que tengo en la palangana.

Y como era la santa y hacía todo lo que quería, le hizo estar toda la noche tirando el agua de la palangana, y no la pudo tirar, porque se iba otra vez el agua derecha a la palangana. Y así pasó toda la noche.

En la mañana se levanta ella y dice:

–Lisardo, ¿pero todavía tú aquí? Haz el favor, márchate. ¿Qué dirá la gente, ahora?

Se marchó y a sus amigos no *le* dijo nada de lo que había pasao.

A la otra noche fue otro, y al irse a acostar le dice:

–Vete a retirarme el puchero del café, que tengo a la lumbre.

Y la serrana le hizo que lo tuviera *pegao* toda la noche de la mano, y así se pasó la noche.

A la mañana, cuando se levantó la serrana le dice:

–¿Todavía tú aquí? Haz el favor de marcharte, ¿qué dirá la gente?

Pero él no dijo nada. A la noche siguiente fue el otro amigo y le mandó cerrar la puerta. Y toda la noche estuvo con la puerta en la mano sin poderla cerrar.

A la mañana se levantó Blancaflor y le dijo que hiciera el favor de marcharse de allí.

Se juntaron los tres amigos y dice Lisardo a sus amigos:

–¿Qué tal habéis *pasao* la noche con la serrana?

–Bastante bien. Cuéntanos tú el primero.

–Pues a mí, toda la noche me tuvo tirando agua de una palangana.

Le contesta el segundo:

–Pues yo, toda la noche con el puchero del café en el mano.

Y dice el otro:

–Pues yo, toda la noche cerrando la puerta.

Ya llega el día que se casaba Lisardo, y le dice a la serrana que fuera de boda.

Al terminar de comer empezaron a contar cuentos, y cosas que a ellos *le hubiese pasao*. Y le decían a la serrana que ella que era tan graciosa, tendría muchas cosas que contar, que *le contara* algo.

Y ella *le dice* que no, que no *le contaba* nada, pero que tenía dos muñecos en casa que todo lo contarían por ella.

–Pues vete a buscarlos.

Fue a buscarlos. Los puso en la mesa donde estaban comiendo, y le decía la muñeca, o sea Blancaflor, al muñeco, que él hablaba como Lisardo:

–¿Te acuerdas, Lisardo, cuando perdías *juegando* a las cartas, y te estuviste con el demonio y te dijo que qué te pasaba que siempre perdías. Que si querías marcharte con él al Castillo de Irás y No Volverás, que te daba una baraja que siempre ganarías con ella, y al cumplir cinco años, te tenías que ir al Castillo de Irás y No Volverás?

–No, no recuerdo nada.

–¿Te acuerdas cuando mi padre te ponía al balcón, y te mandaba hacer muchas cosas que era imposible, y todas te las hacía yo?

–No, no recuerdo *de* nada.

–Lisardo, pues me parece mentira, ¡tantas cosas como yo hice! ¿Tampoco te acuerdas de que tú *fuistes casao* con otra mujer?

–Sí, sí me voy recordando.

Entonces decía Lisardo:

–Esto lo hablan dos muñecos, pero esto me ha *pasao* a mí.

Y *le dice* a los qu'estaban en la mesa:

–Hoy me he *casao* con esta mujer, pero mi mujer es la serrana, ¿con cuál os parece que me tendré que marchar? Pues ya hace bastante que con ésta me casé, aunque hoy me he *casao* con ésta.

Y contestan todos a una voz:
–Debes marcharte con la primera, que lo primero es lo que vale.
Y se acabó.

Narrado por Manuela Martín Cuadrado (21 años), Vilvestre (Salamanca).
Recogido por Luis Cortés Vázquez en 1957 y publicado en *Cuentos populares salmantinos*, Salamanca: Cervantes, 1979, II, nº 115, págs. 70-83.